

1897

SOLF Y MURO, Alfredo Federico

Momento histórico de la filosofía de Kant: carácter y objetivo de la “Crítica de la razón pura”

Lima: Imprenta El país, 1897. 26 p.

Tesis (Dr.) – UNMSM, Facultad de Letras, 1897.

Contenido: “El autor de la *Crítica de la razón pura* ha marcado una línea de separación tal entre sus antecesores y sus sucesores, que las más lógicas de las divisiones que puede hacerse de la filosofía moderna es de dos periodos: el periodo prekantiano y el periodo kantiano”.

Ubicación: Archivo Histórico, UNMSM.

Sala 2
Caja 79
(183/227)
Folio 650-662

En¹ Lima, a los veinte tres días del mes de Julio de mil ochocientos noventa y siete, reunidos bajo la presidencia del señor Sub-Decano, Dr. Manuel M. Salazar, los catedráticos Pérez, Flores, Labarthe, Prado y Ugarteche y el infrascrito Secretario, se leyó el acta de la anterior que fue aprobada. Enseguida, el señor Sub-Decano concedió la palabra al graduando el bachiller don Alfredo F. Solf y Muro, quien leyó una tesis titulada: “Momento histórico de la Filosofía de Kant”, respondiendo después las objeciones que el formularon los D.D. Prado y Ugarteche, Labarthe y el infrascrito Secretario; a continuación de lo cual, el señor Sub-Decano suspendió la sesión hasta el día siguiente. A los veinticuatro días del mes de Julio de mil ochocientos noventa y siete, reunidos bajo la presidencia del señor Sub-Decano, los catedráticos Flores, Pérez, Labarthe, Cornejo, Prado y Ugarteche y el infrascrito Secretario, se procedió a examinar al graduando en los diversos puntos del cuestionario señalado al efecto. Y practicada la votación, resultó aprobado por unanimidad. Acto continuo, el señor Sub-Decano hizo público el resultado de la votación, y declaró a don Alfredo F. Solf y Muro, Doctor en la Facultad de Letras, ordenando que se le extendiese el diploma respectivo. Se levantó la sesión.

SALAZAR

ADOLFO VILLAGARCIA

¹Folio 649.

MOMENTO² HISTORICO
DE LA
FILOSOFIA DE KANT
CARÁCTER Y OBJETIVO DE LA CRÍTICA
DE LA RAZON PURA

TESIS SOSTENIDA
POR
ALFREDO SOLF Y MURO

AL OPTAR EL GRADO DE DOCTOR

EN LA
FACULTAD DE LETRAS DE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN
MARCOS

Lima
Imprenta EL PAIS, Calle de los Polvos Azules 21
1897

² Folio 650.

Señor³ Decano.

Señores Catedráticos.

Hay entre los monumentos que reflejan la civilización y la humana cultura, uno cuyas bases definitivas se echaron allá en Grecia con las primeras especulaciones sobre la razón; que llega a nuestros tiempos a una altura que demanda esfuerzo abarcarlo de una sola mirada; y en cuyo crecimiento continuo parece comprobarse la teoría del *progreso indefinido*. Este monumento que viene levantando en las grandes inteligencias, esa sed insaciable de verdad que todos sentimos, ese dulce y vivo sentimiento, que la antigüedad en su embriaguez filosófico-divina denomino *amor a la sabiduría*, no obstante ser el más grandioso y elocuente de todos los monumentos, lleva entre las ciencias, el nombre más humilde y modesto. Se le llama Historia de la filosofía.

La ley del progreso, el principio de la evolución, que todo lo explica, toma en esta ciencia un carácter especial. Ideas opuestas, sistemas antagónicos en lucha constante, periódicamente renaciendo y alternativamente imperando, impotentes siempre para resolver los problemas fundamentales de la ciencia, sin entrever jamás la verdad total resultante de las relaciones entre las verdades particulares que cada uno aisladamente acopia: tal es su constitución.

Su estudio desconsolador a la primera vista, es sin embargo de la más alta importancia. Ilustra y a la vez educa. Nos ilustra, mostrándonos en la evolución de la idea filosófica en el tiempo y en el espacio, las leyes que presiden el desenvolvimiento progresivo de la razón humana; y nos educa, formándonos un criterio *realista*, un cierto modo de pensar *histórico*, que deja al espíritu abierto a todas las doctrinas, y lo pone en aptitud de vislumbrar la verdad de cada sistema. Si desde antiguo hubo pues, de asignarse a la filosofía el lugar de preferencia entre las ciencias, concretando ese pensamiento, podemos decir con Revilla, que la mejor de todas las filosofías es la historia de la filosofía.

Sin sus luces es difícil apreciar y darse cuenta del movimiento intelectual de una época cualquiera. Hay tan estrecha afinidad, relación tan íntima entre lo que fue con lo que es, así en el orden de las inteligencias como en el orden de las naturalezas que lo que de este dijo el sabio Leibnitz tiene también en aquel perfecta aplicación. Cada sistema filosófico envuelve y posee en potencia lo que está desarrollado y es actual en su inmediato posterior.

Sin embargo, y sin romper con esta ley la continuidad en la ciencia, es indudable en su que su división⁴ en periodos no es arbitraria, ni se basa solo tampoco en una simple razón de método. Su explicación se encuentra en esos hombres superiores cuyo horizonte intelectual alcanza hasta las edades venideras; en esos genios, cuya organización privilegiada es debida a feliz encuentro de variadas circunstancias. Con sus doctrinas, que son doctrinas madres, se abren nuevos rumbos dentro de los cuales caben y oscilan por algún tiempo los sistemas y las ideas.

Entre estos genios, que no los cuenta la filosofía en pequeño número, Manuel Kant es de los más grandes. El autor de la "Crítica de la Razón pura" ha marcado una línea de separación tal entre sus antecesores y sucesores, que la más lógica de las divisiones que puede hacerse de la filosofía moderna es en dos periodos: el prekantiano y el periodo kantiano. "Durante el primero la filosofía va dirigiéndose hacia Kant y preparando paso a paso su época; en el segundo arranca Kant y prosigue sus descubrimientos" (1)⁵. "La

³ Folio 651. Página 3.

⁴ Folio 652. Página 5.

⁵ (1) Kuno Fischer. "Historia de los orígenes de la filosofía crítica".

filosofía de Kant, dice uno de sus traductores (Don José del Perojo), señala en la historia del pensamiento un periodo decisivo, que hace era y constituye toda una nueva evolución, tan grande como la griega y muy superior a la media y á la cartesiana”. La mayor gloria de Kant, dice Guillermo de Humboldt, es haber implantado una reforma a que muy pocas se asemejan en toda la historia de la filosofía”.

Pues bien, sin Kant no es comprensible el movimiento científico de nuestros días. Solo buscándole relación con sus doctrinas, es capaz la inteligencia de abarcar y dar unidad a esa multiplicidad de sistemas, fruto de la fecundidad que caracteriza nuestros tiempos. Todas las escuelas, las doctrinas todas del siglo en que vivimos, reconocen un origen común en la filosofía de Kant. Proceden de ella, unas por medio de génesis, como el panteísmo germánico, otras por vía de combinación, como el eclecticismo francés, y algunas por vía de oposición y reacción, como la filosofía cristiana. Las relaciones entre el positivismo y el movimiento kantiano son relaciones de reacción y filiación a la vez, de reacción contra las exageraciones idealistas y apriorísticas derivadas de Kant, y de filiación a causa del germen evolucionista y materialista que entrañan las teorías kantianas (1)⁶. “Así como para orientarse, dice un autor (Rosenkraz) en el laberinto de las calles de una gran ciudad, sirven las casas, los palacios, los templos, pero aun mas las torres que lo dominan todo; axial en la filosofía contemporánea, en el enredo de sus querellas, no se puede dar un solo paso seguro, sino se tiene fija la vista sobre la Critica de Kant”.

Estos juicios retratan con fidelidad la influencia⁷ fatal, avasalladora que ejerce Kant en nuestro siglo. No habrá por cierto, en nuestros días quien pretenda el titulo de filósofo si antes no se ha detenido en el criticismo kantiano; no habrá tampoco quien se precie de conocer la filosofía, si no ha pasado por esas *horcas caudinas* de la ciencia moderna.

La aparición de Manuel Kant en el mundo especulativo, a fines del siglo XVIII, fue la salvación de la filosofía. El estado de esta ciencia por entonces, no podía hacer su porvenir más inquietante. “Corroída interiormente, lo dice una autoridad irrecusable, por una racionalismo universal y absorbente, y saturada a la vez de escepticismo y sensualismo materialista, se hallaba en un estado de verdadera postración, y no se fácil calcular lo que hubiera sido a contar desde esa época, sin la sacudida vigorosa que le comunicara el genio de Kant.”(1)⁸.

Con efecto los grandes sistemas de Bacon y Descartes no habían venido a apurar más su ruina. Ambos pensadores tratan de reformar la filosofía de tal suerte que quieren empezar de nuevo; pero lo que al fin realizan, lo que al fin construyen tiene algo de semejante y parentesco evidente con los tiempos anteriores” (2)⁹. Se cambio el método y se modificó el espíritu; pero el concepto filosófico siguió siendo el mismo, el edificio metafísico continuo existiendo, y la presuntuosa razón se creyó bastante para cimentarlo y sostenerlo.

La filosofía moderna fue, sin duda, la obra de dos filósofos de merito, pero su doble dirección, empírico y racionalista, y su doble método inductivo y deductivo, debieron subdividirla bien pronto en innumerables ramas, capaces de engendrar el escepticismo en el espíritu mas fuerte, llevar la confusión y el caos a la inteligencia más clara, sembrar la vacilación y la duda en la razón mas convencida.

Bacon introduce definitivamente en la filosofía, el elemento empírico, y echa las bases del método inductivo, señalando de este modo a las ciencias positivas su

⁶ (1) Zeferino González. “Historia de la Filosofía”.

⁷ Folio 653. Página 7.

⁸ (1) González. Obra citada.

⁹ (2) Fischer. Obra citada.

verdadera dirección. Al identificar el conocimiento con la experiencia, declara lo sobrenatural, inaccesible a la inteligencia, y circunscribe a las cosas naturales el dominio de la metafísica. Pero Bacon es todavía un dogmático que afirma la posibilidad del conocimiento de las cosas mismas.

Su sucesor Locke va más adelante. Identifica la experiencia con la percepción, sostiene que no hay conocimiento de los cuerpos como no lo hay tampoco de las almas, y de este modo sienta el principio, cuya explicación filosófica va a más tarde Kant, de que la esencia de las cosas es incognoscible para nosotros. Pero Locke, que estaba aun muy distante del filósofo alemán, deduce de este principio que nuestra razón solo alcanza al mundo de las cosas perceptibles ó sensibles.

Consecuencia¹⁰ perfecta y exacta del sensualismo de Locke es el sensualismo de Berkeley. Niega este filósofo la existencia sustancial al mundo exterior como medio de devolver su autoridad a la certeza sensible, identifica las cosas sensibles a las ideas que no son sino impresiones sensibles producidas por Dios en el espíritu. En la afirmación de que no hay conocimiento alguno de las cosas fuera de nosotros, sino solo de algunas representaciones, vemos a Berkeley acercarse a Kant; pero estas representaciones no son para él sino simples impresiones causadas en el espíritu por otro espíritu. El mundo en su concepto no es más que el conjunto de ideas que Dios sugiere a los espíritus finitos, las leyes de la naturaleza no son sino acción divina. En este punto no está tampoco Berkeley muy distante de Kant, quien reduce al mundo a un conjunto de ideas, pero de ideas que adquiere la razón desarrollándose según sus propias leyes; las leyes de la naturaleza no son entonces sino las leyes de nuestro propio espíritu, y el entendimiento humano una verdadera legislación del universo.

Ya no cabía dentro de la escuela que fundara Bacon y continuara Locke y Berkeley, otra solución del problema del conocimiento que la de David Hume. Con una osadía verdaderamente filosófica, el autor de las “Investigaciones sobre entendimiento humano”, pone de manifiesto las consecuencias escépticas implicadas lógicamente en el empirismo, y funda su sistema el *fenomenismo*, que viene a ser, la forma rigurosamente filosófica que toma el escepticismo en los tiempos modernos. Contra el idealismo dogmático que deriva el concepto de la causa de la razón, y el realismo dogmático que lo considera como concepto de la experiencia, sostiene Hume que es una creencia, un simple hábito del espíritu fundado en la experiencia, y que en último término se resuelve en dos leyes irreductibles de la asociación de ideas, la *semejanza* y la *contigüidad en el tiempo y en el espacio*. Causalidad no es, pues, para él, sino la sucesión habitual. La permanencia del enlace de la causa con el efecto es lo que nos hace aparecer como necesaria la relación de causalidad. Kant se pone en frente a Hume. Rechaza esta explicación de la causalidad como rechaza también la empírica, porque no se concilian con la realidad de los conocimientos científicos *a priori* que posee el espíritu. “El concepto de causa, dice, o debe hallarse fundado completamente a priori en el entendimiento, o abandonarse totalmente como una quimera, porque tal concepto exige una regla absolutamente general. Los fenómenos presentan casos de los que puede sacarse una regla según la cual acontece algo comúnmente; pero jamás se deducirá de aquí que la consecuencia sea necesaria. En la síntesis de causa y efecto hay también, agrega, una *dignidad*, que es imposible expresar empíricamente a saber: que el efecto no se añade simplemente á la causa, sino que por esta misma se ve puesto y producido”. La relación de causalidad es pues para Kant un concepto puro del entendimiento, una condición subjetiva del pensar, cuya¹¹ objetividad estriba en la conformidad de las cosas con el pensamiento, que es la idea dominante en el sistema kantiano.

¹⁰ Folio 654. Página 9.

¹¹ Folio 655. Página 11.

Del otro lado, está la escuela cartesiana. Renato Descartes, su fundador ansioso por romper las trabas que aprisionan a la ciencia y formar una filosofía independiente, proclama la emancipación de toda autorización, la separación de la fe y la razón, la necesidad de la duda como previa condición de la verdad, y la aplicación del método matemático a las ciencias filosóficas. Sentado como primera verdad la existencia del pensamiento, y como punto de partida el sugeto pensante, Descartes prepara á Kant que busca en el análisis del cogito la legislación del mundo fenomenal. Con todo, la duda cartesiana no es la duda metódica y sistemática del filosofo, es la duda del creyente y del dogmático, y si Descartes se abandona a ella, es con el abandono fingido y aparente del que sabe de antemano a donde va a ser conducido. Su amor y admiración por las matemáticas, que toma como tipo y modelo de las ciencias, lo lleva a hacer del criterio de la evidencia la primera regla de su método, a creer que filosofar equivale a pensar con orden matemático, y a pretender que toda demostración se de bajo la forma de una igualdad. Esta confusión de métodos es objetada con razón por Kant. Hay, dice, este sabio, dos clases de conocimiento racional, el filosófico que procede por conceptos y el matemático que lo hace por construcción de conceptos. Las matemáticas como que estudian las formas puras de la sensibilidad, espacio y tiempo, sin tener nada que ver con la realidad, proceden siempre construyendo conceptos, esto es representando *a priori* en el espíritu las intuiciones que les corresponden; pero al filósofo no les es dado proceder del mismo modo, pues el espíritu no halla en si mismo y *a priori* las intuiciones que representan los conceptos filosóficos. Gracias a este carácter, las matemáticas, puede decirse, que crean su propio objeto y se ven, por lo tanto libres del problema del valor objetivo del conocimiento, de la correspondencia entre el concepto racional y la intuición empírica, que es el tormento de toda filosofía. Ofuscado por este error de asimilar las ciencias filosóficas a las matemáticas, Descartes con su sistema, construye *a priori* la realidad, otorga á la razón, el poder y los derechos, que mas tarde le serán puestos en duda primero y negados después; y se nos presenta así como el padre del idealismo moderno. Sin asignar tampoco objetos distintos á la religión y a la filosofía, como lo ha hecho en nuestros días Herbert Spencer con la teoría de lo cognoscible y de lo incognoscible, como doble aspecto de lo existente, pretende el filosofo de la Haya que vivan en paz religión y filosofía, y lleguen por diversos caminos a soluciones iguales.

Los dos principios cardinales de su sistema, el pensamiento y la extensión, que equivalen al espíritu y á la materia, a lo subjetivo y a lo objetivo¹², dan lugar a dos escuelas que se empeñan a simplificar, con mengua de su fundador el sistema cartesiano.

Malebranche confunde lo real con lo inteligible, el objeto con la idea, y las ideas con Dios en quien reside su principio, su realidad y su punto de unión. Con su teoría del procedimiento divino por las *vías mas simples* explica este filosofo satisfactoriamente el delicado problema del Gobierno Providencial.

Espinoza transforma el dualismo de Descartes en un panteísmo en que la unidad de sustancia figura como primer principio; y apurado por la lógica lleva hasta las ultimas consecuencias el sistema cartesiano, explicándolo todo, así la naturaleza como la vida humana por reglas matemáticas.

Una reacción se inicia con Leibnitz. Da este sabio una forma científica y evolutiva a la doctrina cartesiana, fecunda el mecanismo de Descartes con la idea de fuerza propia y activa de las cosas, agranda el racionalismo con el principio de la razón suficiente; y hace que en su sistema, que es un verdadero sincretismo, casi a llegue a verificarse la

¹² Folio 656. Página 13.

unión entre la experiencia y la especulación. En la afirmación de que, además del mundo de los posibles gobernado por el principio de contradicción, y del de las existencias gobernado por el principio de razón suficiente, hay un tercer mundo, el de los fenómenos, cuyo sistema es el determinismo, el filósofo de Leipzig se adelanta a Kant, que limita solo a este mundo los alcances de la razón. Se acerca también un tanto al filósofo de Koenigsberg con su principio de la *virtualidad del alma*, que concilia las teorías opuestas de la *tabla rasa* de Locke y de las *ideas innatas* de Descartes. Parecen palabras de Leibniz estas que se contienen en la “Crítica de la Razón Pura”: “Perseguiremos los conceptos puros hasta sus primeros gérmenes y rudimentos en el entendimiento humano, donde existían precedentemente esperando que la experiencia fuera ocasión de su desenvolvimiento.”

Completa el cuadro de la ciencia prekantiana, la filosofía de los enciclopedistas, tan brillante en sus concepciones como superficial y vacía en su doctrina.

Tal era el estado de cosas cuando aparece Kant. Al calor de los estudios filosóficos se habían desarrollado las ciencias experimentales que, con sus paulatinas pero cada día crecientes invasiones en el campo de la filosofía, amenazaban la estabilidad de esta y ponían en peligro su existencia. “O la filosofía debía abandonar su lugar y pasarse así a las ciencias experimentales, como lo hizo en el realismo inglés, o permanecer en oposición y frente de las ciencias experimentales, como una ciencia especial metafísica, y morir, como sucedió en Alemania con la escuela de Wolf (1)¹³ La robusta¹⁴ y bien preparada inteligencia del filósofo alemán, después de vagar por algún tiempo en las escuelas reinantes, comienza a pensar con originalidad. Desengañado de la ciencia de su época que solo sirve de camino al escepticismo, sistema al que también pagó tributo inclinándose un momento de su lado con Hume, Kant conoce que ha llegado la hora de verificar una renovación del total del pensamiento filosófico, se hace cargo de la necesidad que siente el espíritu humano que reemplace ya a las desacreditadas, de una filosofía comprensiva en que se armonizen todos los sistemas, y que se eleve a la vez sobre el idealismo y el empirismo, el dogmatismo y el escepticismo. Tenaz y consecuente con su propósito levanta su gran sistema, tan original que no cabe dentro de ninguna de esas denominaciones, excluye a algunas, y aunque tiene relaciones y puntos de contacto con otras, no son tantos que le pueden hacer perder su fisonomía especial.

El primer problema que se le presenta a la mente de Kant y a cuya dilucidación dedica todos sus esfuerzos, es el gran problema del poder y de los alcances de la razón humana, problema de cuya solución pende la vida de la metafísica, y que esta llamado sino a conciliar todas las doctrinas, como lo pensó Kant, a disminuirlas por lo menos, deslindando los campos opuestos y evitando las luchas casi siempre estériles de la especulación pura.

Al preguntarse ¿Cómo es posible afirmar verdades metafísicas sin haber previamente demostrado el poder y el derecho de hacerlo? Concibe Kant una ciencia particular, prolegómeno de toda filosofía, cuyo objeto es el estudio de la razón en sí misma, el hecho de conocer en general. Limitada esta ciencia previa a la investigación del hecho del conocimiento humano y de las condiciones que necesariamente deben precederle, entra en posesión de un objeto que no le es al mismo tiempo de ninguna ciencia, y adquiere así existencia firme y segura, y el carácter propio de toda ciencia, puesto que explica un hecho que como tal necesita de tal explicación. Hasta Kant se había presupuesto el conocimiento y afirmado su posibilidad, con Kant se explica se conocimiento y se comprueba esa posibilidad. A esta nueva ciencia la llama su autor

¹³ (1) Filósofo alemán del siglo XVIII, cuya doctrina es la de Leibniz escolatizada y separada de su elemento empírico (empírico).

¹⁴ Folio 657. Página 15.

“Crítica de la Razón Pura”, por ser la razón la facultad que proporciona los principios del conocimiento racional puro. La relación entre la Crítica y la filosofía misma no es exclusión ni oposición, sino más bien de prioridad y anticipación. La filosofía es el sistema de todos los principios del conocimiento puro, cuyos conceptos fundamentales, la Crítica enumera de un modo perfecto y sistemático. Aquella aparte de algo que es previamente explicado por esta. Lejos de repelerse, ambas ciencias se suponen y completan.

Ya concebido todo el sistema de la Crítica, antes de entrar en su desarrollo, se ocupa Kant en la Introducción de su obra, de concretar el problema¹⁵ y estrechar más y más el pensamiento, empleando para ello un rigorismo tan lógico y concluyente, que conduce a la inteligencia sin la menor oposición ni protesta de su parte, hasta los dinteles de la nueva ciencia.

Inicia sus investigaciones sentando como la primera y más necesaria de las cuestiones que hay que resolver, la de saber si existe un conocimiento independiente de la experiencia y de toda impresión sensible, y si existe cuales son los caracteres mediante los cuales se le distingue. Todos los conocimientos dice, (1)¹⁶ comienzan en el tiempo con la experiencia, todos son posteriores a ella, ninguna la precede, pero no todos proceden de la experiencia, y aun esta necesita para adquirir reglas no derivadas de sí misma, esto es, que no sean empíricas ni contingentes. A esos conocimientos que aunque tienen origen histórico, podemos decir, en la experiencia, no se derivan de ella, los llama Kant conocimientos *a priori*, en contraposición de los conocimientos *á posteriori*, que son aquellos que tienen sus fuentes en la experiencia. Conviene fijar bien este término *a priori*, pues puede tomarse como conocimientos de esta clase a los que, aunque inmediatamente no vienen de la experiencia, proceden de reglas generales que á su vez se derivan de ella. No son pues conocimientos *á priori* sino aquellos que carecen de absolutamente de empirismo.

Ahora bien si estos conocimientos existen deben tener caracteres especiales que sirvan para distinguirlos de los empíricos. Estos caracteres distintivos de los conocimientos *a priori* son la necesidad y la universalidad con que tienen que ser pensados; universalidad y necesidad que excluye el empirismo, pues la experiencia, si bien nos muestra que una cosa es de tal o cual manera, no nos dice que puede ser de otro modo, y si valiéndose de la inducción puede dar a sus juicios una generalidad supuesta y relativa, no les da nunca una universalidad verdadera y estricta, que supone *a priori* una fuente especial de conocimientos, es decir, una facultad de conocer *a priori*. Juicios, pues, pensados con un carácter de necesidad y que además se conciben como valiendo por sí mismos, o juicios pensados con estricta universalidad, esto es, que no admiten excepción alguna, no se derivan de la experiencia y tienen valor absoluto *a priori*.

Pero ¿existen estos juicios? Sin vacilar responde Kant afirmativamente a esta pregunta; y lo prueba *a posteriori*, citando proposiciones matemáticas y principios tomados del uso común del entendimiento; y *a priori*, fundándose en la necesidad de esos juicios para la posibilidad de la experiencia. ¿Dónde, se pregunta, tomaría la experiencia su certidumbre si todas las reglas que empleara fueran siempre empíricas y contingentes? Las mismas leyes de la experiencia no son sino determinaciones particulares de leyes superiores, entre las cuales las más elevadas, las que comprenden a todas las otras,¹⁷ proceden *a priori* del entendimiento y no se derivan de la experiencia, sino por el contrario dan a los fenómenos su legitimidad y hacen posible por eso mismo la experiencia.

¹⁵ Folio 658. Página 17.

¹⁶ (1) Extractado de la “Introducción a la Crítica de la Razón Pura,” traducción de don José del Perojo.

¹⁷ Folio 659. Página 19.

Y no solo descubre Kant este origen *a priori*, en los juicios sino que lo atribuye también a los conceptos, porque, dice, separando, del concepto empírico de un objeto todas las propiedades que la experiencia enseña, nos encontramos con que no podemos privarla de aquella mediante la cual lo pensamos como sustancia o dependiente de ella, y como este concepto se nos impone necesariamente, es claro que existe *a priori* en nuestra facultad de conocer, en otros términos, por mucho que se le quite al concepto de un objeto, que da el espacio que ocupaba ese cuerpo, espacio que no podemos destruir, y que pertenece a una de las formas *a priori* de la sensibilidad.

Al abordar Kant esta cuestión tan debatida del origen de los conocimientos, se encuentra entre dos soluciones abiertas: la *empírica*, que funda todos los conocimientos en el hecho sensible, y la *racional* o *idealista*, que acepta además de la experiencia, otra fuente de conocimientos que reside en la razón, y que se revela por medio de axiomas naturales o de ideas innatas. El filósofo alemán, gracias a su original sistema establece o llega a una solución hasta cierto punto ecléctica entre esas soluciones extremas, pues si bien reconoce en nuestro entendimiento, como acabamos de verlo, facultad para conocer *a priori*, y en nuestro conocimiento elementos independientes de la experiencia, en el desarrollo de su sistema, solo les atribuye el valor de las formas, quitándoles toda utilidad y eficacia en asuntos ajenos a la experiencia. De este modo se combinan el elemento empírico y el racional, la sensibilidad y el entendimiento para producir el conocimiento.

Enseguida, distingue Kant entre nuestros conocimientos *a priori* aquellos que han sido pensados con o menos claridad en nuestros conceptos, y que después el análisis aclara o explica, los cuales si bien sirven para logra la claridad y el orden en los conceptos, no aumentan ni extienden su materia o contenido, de aquellos que verdaderamente amplían el pensamiento añadiéndole, mediante la síntesis, algo que no pensamos en nuestros conceptos. En esta distinción se basa la clasificación de los juicios en analíticos y sintéticos, según que la relación entre el sugeto y el predicado es posible, o porque el predicado pertenece al sugeto como algo contenido en él tácitamente, o porque le pertenece como algo relacionado con él aunque extraño a su concepto. Juicios analíticos son, pues, aquellos en que el enlace del sugeto y el predicado se concibe por identidad, llamanse estos juicios también explicativos, porque no añaden nada al sugeto y solamente lo descomponen en conceptos parciales comprendidos y concebidos en el mismo. Juicios sintéticos son por el contrario, aquellos cuyo¹⁸ enlace es sin identidad, llámaseles también extensivos porque añaden al concepto del sugeto un predicado, que no era en modo alguno pensado en aquel y que no se hubiera producido por ninguna descomposición. El principio racional de identidad es la condición necesaria y suficiente de los juicios analíticos.

Estos juicios son todos *a priori* porque no es necesario recurrir a la experiencia para afirmar de un sugeto el atributo que esta contenido en él. Los juicios analíticos no los puede dar la experiencia porque antes de dirigirse a ella se tiene ya en el competo todas las condiciones del juicio, y solo resta sacar, valiéndose del principio de contradicción, el predicado del sugeto, y al mismo tiempo llegar a penetrarse (*ser conscio*) de la necesidad del juicio, necesidad que nunca puede suministra la experiencia.

Los juicios de experiencia son si todos sintéticos, porque refiriéndose estos juicios a representaciones diversas, y no estando jamás contenidas las unas en las otras, no se puede deducir nunca el conocimiento de la unas por el análisis de las anteriores.

Pero si todos los juicios de experiencia son sintéticos, como el termino juicio sintético puede ser mas extenso que el termino juicio de experiencia, queda por

¹⁸ Folio 660. Página 21.

averiguar si hay juicios sintéticos que nos e derivan de la experiencia, esto es, que se dan *a priori*. Para que los haya, y la síntesis sea posible, se necesita además del concepto de sujeto, algo sobre lo cual pueda fundarse el entendimiento para conocer un predicado que sin hallarse en aquel concepto le pertenece sin embargo. ¿Cuál es ese apoyo que sirve al entendimiento para añadir al sujeto un predicado que le es ajeno y que no obstante estima como unido á él? No, por cierto, la experiencia, pues para que sea *a priori* la proposición debe reunir, como hemos dicho, las dos representaciones de un modo universal y con carácter de necesidad. De la resolución de este problema, pende el que tengamos o no un conocimiento especulativo *a priori*, y sea, en consecuencia, posible la Filosofía pura.

En la clasificación de los juicios en analíticos y sintéticos, y en la afirmación de que son sintéticos todos los juicios de experiencia, los que no tienen jamás una necesidad racional, rigurosa y demostrativa, encontramos a Kant de acuerdo con Hume, sin embargo, ,mayores que estas semejanzas son las diferencias que entre ambos filósofos existen. A lo que hemos dicho antes sobre este particular, hay que agregar, que para el filósofo escocés no existe fuera de las matemáticas, que forman sus juicios de un modo analítico, otra ciencia que la empírica. No hay, dice, sino dos: los matemáticos o juicios analíticos, y los experimentales o juicios sintéticos, y ratiocina así. Los juicios sintéticos se refieren a representaciones diversas, representaciones diversas significa tanto como hechos diversos, el conocimiento de los hechos es experiencia, luego solo en la ciencia experimental existen los juicios sintéticos. Para un empírico este ratiocinio es concluyente, pero el no podía hacer fuerza en un filósofo que como Kant sostiene *a priori* la necesidad de¹⁹ una ciencia racional, de una filosofía pura, basada en principios universales y absolutos. Afirma, pues, por el contrario, la existencia de juicios sintéticos necesarios *a priori* en todas las ciencias teóricas de la razón, y atribuye el error de Hume, al sostener que la razón juzga analíticamente y no sintéticamente, a no haber abarcado este filósofo el problema en toda su generalidad, y no haberse fijado que son juicios sintéticos los de las matemáticas puras.

En busca de este apoyo que sirve el entendimiento para extender sus conocimientos posibles los juicios sintéticos *a priori*, desarrolla Kant su sistema filosófico. Todo el puede concretarse en estos dos problemas principales: primero, ¿En que consiste y cómo se forma el conocimiento humano? Segundo ¿Cuáles son las condiciones de la posibilidad del conocimiento? La determinación de la posibilidad, los principios, y la extensión de los conocimientos a priori, supone ya demostrada la posibilidad de conocer, como esta a su vez requiere que previamente se haya explicado que actividad pone en ejercicio el espíritu humano al conocer, qué facultades actúan en el conocimiento, en una palabra lo que es en si el conocimiento mismo.

No ha entrado en mi propósito hacer la exposición del Criticismo Kantiano. Basta a mi objeto, manifestar que el problema de la posibilidad del valor de los juicios sintéticos *a priori*, que tiende a estrechar a los filósofos en la unidad de una misma doctrina, y que acabamos de ver como lo plantea Kant en la “Introducción de la Critica de la Razón Pura” se resuelve en esta en sentido afirmativo, si bien que a la vez se le contiene o encierra dentro de reducidos y convenientes limites.

Esa solución destructora de la metafísica antigua, sirve de base y fundamento al nuevo sistema que venia según Kant, a reemplazarla con ventaja el Criticismo, con principios absolutivos, con reglas universales y necesarias, que al mismo tiempo que le dan valor como ciencia racional independiente, hacen posibles las ciencias de la experiencia.

¹⁹ Folio 661. Página 23.

Preguntémosnos para concluir, y sin que esto amengüe el valor del filósofo de Koenisberg, ni el merito indiscutible de su doctrina, ¿Se ha conseguido con ella el hermoso objetivo, que hizo nacer en la mente de Kant, la mas noble, legitima y grandiosa ambición, el hacer de todos los filósofos y de todas las filosofías, un solo filósofo y una sola filosofía?

Seguramente que no. Creyó Kant haber conciliado el racionalismo con el empirismo, y ambas escuelas vienen luchando con mas encono desde entonces. Creyó igualmente haber fundado una ciencia sobre principios eternos e inmutables, y la lógica lleva fatalmente a abandonar el criticismo como inútil, momentos después de su triunfo sobre la metafísica. ¿Qué objeto²⁰ tiene ya? Ciencia de lucha y de combate, debe morir a la manera de ese gobierno *sui generis* con que sueñan los socialistas anárquicos, el cual llenada su misión de vencer á los gobiernos actuales deberá desaparecer como el primero de los privilegiados. Creyó, por ultimo, Kant, haber lapidado para siempre la metafísica, y mientras tanto, todos los sistemas posteriores al suyo e íntimamente ligados con él, han rechazado su posición nihilista, y comprendiendo que al espíritu humano no le satisface una ciencia cuyo valor es meramente negativo, y que toda negación supone o trae consigo una afirmación, han vuelto hacia atrás.

Sus inmediatos sucesores y discípulos en Alemania, Fichte, Schelling y Hegel sacan de su filosofía los dogmatismos más temerarios. En Francia, la Escuela Ecléctica sin salirse de las corrientes kantianas, se esfuerza por conservar la tradición idealista y justificar el espiritualismo dogmático. Y para no ir más lejos, el Positivismo, ese sistema que no es sino la aplicación de la idea de Kant, un desarrollo del pensamiento kantiano, levanta en Inglaterra, con la gran síntesis de Herbert Spencer, una nueva metafísica.

Lima, 28 de junio de 1897

ALFREDO F. SOLF Y MURO

V. B.

SALAZAR.

²⁰ Folio 662. Página 25.

**CUESTIONARIO
DESARROLLADO POR
ALFREDO F. SOLF Y MURO
AL OPTAR EL GRADO DE DOCTOR
LA FACULTAD DE LETRAS**

- | | |
|---|--|
| 1. FILOSOFIA FUNDAMENTAL. | El materialismo |
| 2. FILOSOFIA ANTIGUA. | Plotino |
| 3. FILOSOFIA MODERNA. | La ley de los tres estados de Augusto
Comte |
| 4. LITERATURA CASTELLANA. | Pérez Galdós en la Novela. |
| 5. LITERATURA ANTIGUA | El Ramayana. |
| 6. LITERATURA MODERNA | Macbeth |
| 7. HISTORIA DEL ARTE | Miguel Ángel en la Pintura. |
| 8. HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN | La Raza |
| 9. HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN
PERUANA | Monumentos Preincaicos |

**EL SECRETARIO
ADOLFO VILLAGARCIA**

**Vº Bº
SALAZAR**